

Angel María Céspedes y Eduardo Castillo

Escribe: VICENTE PEREZ SILVA

Duelo Lírico es el título de la polémica en verso sostenida entre los poetas Angel María Céspedes y Eduardo Castillo. Fue publicada por el editor Juan Casis en 1918 y luego reeditada por Jorge Luis Arango, en el número 18 de las famosas *Hojas de Cultura Popular*, de donde hacemos la presente reproducción. Las páginas prologales escritas por Javier Arango Ferrer nos dan una cabal idea del origen, desenvolvimiento y contenido de la referida polémica, razón por la cual creemos del todo innecesario hacer cualquier otra consideración al respecto.

Consignados algunos datos biográficos de Eduardo Castillo en anterior entrega de este *Boletín* (número 2, febrero de 1979), consideramos conveniente recordar o dar a conocer, así sea brevemente, la imagen de su ilustre contendor.

Angel María Céspedes nació en Bogotá el 3 de agosto de 1892. Como lo escribe D. Antonio Gómez Restrepo, uno de los acontecimientos literarios que más llamaron la atención, a comienzos de este siglo, fue "la aparición triunfal, no ya de un joven, sino de un niño, que sin haber pisado las aulas de los colegios, obtuvo la más alta consagración oficial en un ruidoso certamen. Tal es Angel María Céspedes, verdadero niño prodigio, que a los dieciséis años fue triunfador en los juegos florales de 1908 con su regio canto *La juventud del sol*, que por la novedad del pensamiento, la audacia de las imágenes y la esplendorosa belleza de la forma, recuerda las precoces obras maestras de Víctor Hugo. Y en torno de ese canto brillaba toda una serie de poesías, reveladoras de una actividad cerebral

intensa, de un extraño poder adivinatorio, por medio del cual aquel bardo infantil conocía la vida y sentía e interpretaba la naturaleza como si los años lo hubiesen enriquecido con el fruto de la ciencia y la experiencia. En sus posteriores piezas líricas y dramáticas, es un poeta de genio y estilo francés, que escribe en magníficos versos castellanos. Los alejandrinos franceses brotan espontáneamente de su pluma, y han merecido elogios de Rostand, que es el maestro con quien guarda más analogías por la constante ingeniosidad del pensamiento y de la expresión, el sutil y caprichoso juego de la fantasía, y la amplitud del arranque poético, muy distinto del contrahecho amaneramiento de ciertos modernistas”.

Céspedes aprendió las primeras letras al lado de sus padres. Después hizo estudios en Mound Saint Mary's College, en Estados Unidos; en Villa San Juan en Friburgo y en la facultad de letras de la Universidad de París. Antes de los veinte años comenzó su carrera diplomática: Cónsul en Nueva York y Ginebra; secretario de nuestras legaciones en España, Suiza y ante la Sociedad de las Naciones. En Ginebra intervino con los doctores Antonio José Restrepo y Francisco José Urrutia en el litigio arbitral que ante el gobierno de la Confederación Helvética ventilaban Colombia y Venezuela.

De regreso a su patria, en 1924, Céspedes dictó por breve tiempo la cátedra de literatura española en el Gimnasio Moderno de Bogotá. Después del triunfo obtenido en 1908, en los que ganó la Violeta de Oro, publica sus *Poesías* con prólogo de D. Miguel Antonio Caro. “Le califico de poeta lírico —dice Caro—, no precisamente en el sentido convencional de autor de poesías sueltas, sino en el que sugiere el valor histórico de esa denominación, donde van estrechamente unidas las ideas de poesía y de música. Quiero decir que, sin dejar de ser notablemente pintoresco, es un poeta notablemente musical”.

Posteriormente, en 1911, publica una colección de sonetos con el título de *Invitación al amor*. Además de sus creaciones poéticas, Céspedes tradujo a Heredia, Rostand y D'Annunzio. Algunas de sus poesías fueron traducidas y publicadas en francés. De sus obras teatrales sobresale *El Tesoro* que fue estrenada en el Teatro Colón, en 1916, por la compañía española “Jacinto Benavente”.

Tanto Angel María Céspedes como Eduardo Castillo pertenecieron a la llamada Generación del Centenario, agrupación de poetas y escritores conformada por Luis Eduardo Nieto Caballero. Además de los nombrados, sobresalieron: José Eustasio Rivera, Miguel Rasch Isla, Abel Marín, Luis Alzate Noreña, Delio Seraville, Tomás Márquez, Joaquín Güell y Roberto Liévano.

Acercas del duelo lírico librado entre Céspedes y Castillo, el escritor Ricardo Charria Tobar, en su libro *José Eustasio Rivera en la intimidad* (Bogotá, 1963), refiere lo siguiente:

“Si intercalo este suceso de sobra conocido, es por la parte que en el acto de la conciliación tomó José Eustasio, quien siguió con sumo interés la batalla de los dos insignes apolonidas. Tan memorable contienda poética es conocida en Colombia no solamente por la clase de contendores, sino por haberse originado en un suceso político, el ataque rimado de Angel María Céspedes a la candidatura presidencial de Don Guillermo Valencia, contrapuesta a la de Don Marco Fidel Suárez. Rompió los fuegos la invectiva de Céspedes contra Valencia: “A un gran poeta”, firmada por “Un poeta oscuro”. Este admirable repudio métrico fue respondido bien pronto por Eduardo Castillo, primo de Guillermo Valencia. Mucho más ágil, más hecho a la polémica Castillo tuvo desde el primer momento en su favor al público bogotano, en gran parte seguidor de Valencia, quien seducía a las multitudes y también, como es natural suponerlo, a la falange lírica. José Eustasio Rivera, aunque muy poco adicto a la obra poética del autor de *Ritos*, en esta ocasión me manifestó sus simpatías por el insigne payanés. Céspedes hablaba “del greñudo eterómano”, descalificando así a Castillo, y éste, refiriéndose al grupo de muchachas de la alta sociedad que aplaudía a su contendor, creyó herirlo por el tendón de Aquiles, aludiendo molierescamente a “tu grupo de preciosas ridículas”. No recuerdo bien cuál fue la razón para haber traído a cuento en la refriega la palabra “loba”, que en el argot bogotano se aplica a una mujer charra, de la clase media, que aparenta tener relaciones con las de la alta sociedad. Como se había descendido a la escala zoológica, a la nutricia de Rómulo y Remo, invitado Rivera al pic-nic con que celebraron los intelectuales la reconciliación, compuso para el acto el soneto a la grulla, para “estar dentro de la tónica de la animalidad”, según me lo expresó guasonamente.